

ca? ¿Será necesario recordar también las causas que introdujeron á los musulmanes en Europa? ¿Por qué los godos quedaron deshechos ante las huestes musulmanas en el río Guadalete?

Dios Nuestro Señor deja á los pueblos por mucho tiempo entregarse á los vicios más vergonzosos; pero cuando llega la hora de la justicia, la sangre corre sin medida.

En el siglo XVIII la corrupción de costumbres alcanzó gran desarrollo. La Europa se hallaba en paz y tranquilidad; parecía dormir mientras se revolcaba en el cieno de la disolución y de la orgía. Pero al dar la hora de la justicia de Dios, y al despertar los hombres afeinados y corrompidos, la revolución, salida del Averno, aparece con sus carnicerías, sus cadalsos, sus guerras, guerras que continuó el imperio. La sangre corre durante veinte años seguidos como un río, y Francia, que fué el escándalo del mundo, llegando á ser en las manos de Dios el azote de las naciones, es más castigada que todas ellas. Desde 1791 hasta 1815 perdió en los campos de batalla cerca de seis millones de valientes y robustos hijos. En lo que va de siglo, como la corrupción en las costumbres aumenta, y hoy los pecados más infames se glorifican, ni se considera como deshonra la fornicación ni el adulterio, y se admiten hasta en la buena sociedad las meretrices, si no las públicas, las privadas; hoy que la lascivia y la lujuria han invadido y contaminado hasta las almas más tiernas, y el militarismo y los ejércitos son un foco inmenso de corrupción, no sólo para los soldados, sino también para las poblaciones enteras donde viven, y donde acabado el servicio habitan, ¿qué hemos, por desgracia, de esperar? Guerras, y guerras sangrientas, no sólo de clases á clases, sino de naciones contra naciones. Por esto todas se arman, y la guerra al fin y al cabo no se podrá evitar.

#### ARTÍCULO IV

##### La ciencia positiva y evolucionista no presenta solución alguna á la cuestión social

Escribe el Romano Pontífice:

No sólo esto, sino que halló el modo de socorrer á la multitud de desgraciados, quitándoles el empacho del mendigar. Porque como Madre común de ricos y pobres, promoviendo en todas partes la caridad hasta un grado sublime, estableció comunidades de religiosos é hizo otras muchísimas útiles fundaciones, para que distribuyéndose por ellas los socorros, apenas hubiese género alguno de males que careciese de consuelo. Hoy, en verdad, hállanse muchos que, como los gentiles de otros tiempos, hacen capítulo de acusación contra la Iglesia de esta misma excelentísima caridad, y en su lugar les parece que pueden poner la

beneficencia establecida y regulada por leyes del Estado. Pero la caridad cristiana, de la cual es propio darse toda al bien del prójimo, no hay ni habrá artificio humano que la supla. De sola la Iglesia es esta virtud, porque si no se va á buscar en el Santísimo Corazón de Jesucristo, no se halla en parte alguna; y muy lejos de Cristo van los que de la Iglesia se apartan.

No puede, sin embargo, dudarse, que para conseguir el fin propuesto se requieren también medios humanos. Todos, sin excepción alguna, todos aquellos á quienes atañe esta cuestión, es menester que conspiren al mismo fin y en la medida que les corresponde trabajen por alcanzarlo: á semejanza de la Providencia divina reguladora del mundo, en el cual vemos que los efectos resultan de la concorde operación de las causas todas de que dependen.

#### PÁRRAFO I

##### Idea falsa de los evolucionistas acerca de la caridad

A fin de que nuestro estudio, aunque breve, no sea incompleto, debemos examinar los remedios que para resolver la *cuestión social* presentan los racionalistas, esto es, los positivistas y evolucionistas, que al fin y al cabo no son más que materialistas. La ciencia positiva y evolucionista establece como principio, y en esto convienen los socialistas, que la caridad cristiana es enteramente inútil y aun perjudicial y dañosa para la sociedad; porque lo que ésta necesita es una organización científica, y sólo con ella alcanzará la felicidad y la dicha. Así lo afirman con grande aplomo los escritores positivistas y evolucionistas, y sus testimonios se hallan en la obra titulada *La ciencia social*, por Alfredo Fouillée.

También debemos citar en este lugar al economista clásico Paul Leroy-Beaulien, que en un tomo de 569 páginas, titulado *Essai sur la répartition des richesses*, trata de probar que no estamos tan mal como se dice y afirman los socialistas demócratas, los socialistas del Estado y los socialistas cristianos, sino que estamos mejor que en los tiempos pasados, y particularmente el obrero jamás ha tenido tanto pan como hoy, ha vestido tan bien y ha habitado tan buenas casas; que el pauperismo va desapareciendo y que caminamos rápidamente á un estado en que las condiciones de las clases sociales sean menos desiguales que hoy. Y para probar tal aserto, que los terribles hechos desmienten, amontona estadísticas y sofismas sin cuento. Es un racionalista sin religión alguna, y es graciosísimo el capítulo VIII en donde habla del préstamo á interés y de la usura. Las alabanzas que da á Calvino y á los jesuitas demuestran su ciencia eclesiástica. Termina la obra afirmando que la cuestión social se resolverá por sí misma, poco á poco, por parcelas, con la simple cooperación del tiempo, del capital, de la instrucción, de la libertad, de la filantropía y hasta de la caridad.

que aun cuando muchos economistas la tratan con demasiada severidad, nosotros no la despreciamos<sup>1</sup>.

Las doctrinas no son nuevas, en el fondo son las mismas que expone Malthus en su obra *El principio de la población*, Juan Stuart Mill en sus *Principios de Economía política*, y en las obras de Herbert Spencer, de Schopenhauer, de Hartmann, y de todos los sectarios socialistas desde Babeuf hasta Lassalle y C. Marx. ¿Qué diferencia existe entre la doctrina de los actuales evolucionistas y de los antiguos materialistas? Ninguna, absolutamente ninguna; sólo que hoy visten sus doctrinas con ropaje científico, para engañar así con más facilidad á los espíritus tímidos y ciegos y á las incautas é ignorantes muchedumbres. ¿Qué afirman; por lo tanto, estos reformadores evolucionistas? Aseguran que el cristianismo lleva mal camino buscando fuera de la humanidad el lazo que une al hombre con el hombre; y eso ¿por qué?, preguntaremos. No hay que buscar argumentos ni razones de sus afirmaciones entre los evolucionistas; no las encontraremos entre sus obras. El solo argumento es el ateísmo, es negar á Dios; porque la fuente de la caridad no está en Dios, que según ellos no existe, sino en el hombre mismo, en la humanidad. En esto conviene con los evolucionistas el jefe actual de los socialistas alemanes, cuando proclama «el ateísmo en Religión, republicanismó democrático en el Estado y *colectivismo en la economía*»<sup>2</sup>. Y el impío y blasfemo socialista Dietzgen escribe en sus *hormillas* sobre la religión de la democracia socialista:

Si la Religión consiste en la fe en seres y fuerzas suprasensibles é inmateriales, en la fe en dioses y espíritus, la democracia socialista es *irreligiosa*. En lugar de la Religión pone ella el sentimiento de la flaqueza del individuo, que para su perfección necesita completarse, y por tanto, subordinarse á la comunidad. *La sociedad humana civilizada es el ser supremo en que tenemos fe; nuestra esperanza es que su constitución será democrática y socialista, para que al fin se haga verdad el amor*, respecto del cual los visionarios religiosos no han hecho hasta ahora más que desvariar<sup>3</sup>.

No busquemos, repito, argumentos de sus afirmaciones ni en H. Spencer ni en los socialistas, porque para estos materialistas en el universo no existen más que leyes físico-químicas, las leyes mecánicas: eso que se dice de las leyes morales es un sueño. En vano se les pregunta por qué ha de ser así. No dan respuesta alguna, y siguen afirmando sin probar absolutamente ninguna afirmación: «la caridad cristiana está de sobra, basta una organización científica de la sociedad». «La verdadera caridad, afirman los racionalistas, es una idea humana, no viene de Jesucristo: quizás brotó por vez primera en el corazón del hombre, en el seno de la primitiva naturaleza, hasta aquel momento indiferente é insensible». «La caridad, hija del

1. Pág. 552. «La question sociale se résout d'elle-même, autant du moins qu'elle est résoluble, peu à peu, par parcelles, avec la simple collaboration du temps, du capital, de l'instruction, de la liberté, de la philanthropie, de la charité aussi, que beaucoup d'économistes traitent trop sévèrement et que nous ne dédaignons pas».

2. A. Babel. *La mujer*, pág. 188.

3. *Leopold*, páginas 33 y 34.

hombre, es el ideal de la sociedad universal; es la unión libre de todos los seres por medio de una mutua afección, que conciliará la más perfecta diversidad con la más perfecta unidad». Schopenhauer escribe:

Las barreras desaparecen, ante la ciencia moderna, entre todos los vivientes. En los animales, como en el hombre, existe la sensación, la inteligencia y la voluntad, y por lo tanto, así como hay una *justicia* entre los animales, existe entre ellos la caridad.

Y según Hartmann, es muy oportuno enseñar la vida de los animales á los niños, porque solamente ellos nos enseñan la felicidad. Y otro autor afirma que sólo cuando se acabe la inteligencia en el hombre, y en él no haya más que instintos, habrá llegado al apogeo de la perfección. La perfección se halla en los instintos de los animales, y particularmente en los insectos.

Luego según estos autores, la caridad se extiende también para con los animales, y por lo tanto tenemos también deberes para con ellos. A esto contesta el ilustre Taparelli<sup>1</sup>.

Los deberes morales que nos dirigen en el uso de las criaturas, son relaciones que nos ligan con nosotros mismos, con Dios, y algunas veces con los demás hombres. Si entre los seres irracionales y el hombre existiese una conexión moral que impusiese á éste deberes morales respecto de los animales, á su vez tendrían derechos y deberes para con el hombre, lo cual es tan absurdo como atribuir á los animales una inteligencia capaz de abstracción y libertad moral. Sólo hay deber moral respecto de seres morales, y esta es una proposición que puede demostrarse de otra manera. El deber nace del principio general, haz el bien. Si tuviéramos deberes para con los animales, estaríamos por ellos obligados á procurar su bien; pero como su bien es su fin, y su fin es contribuir al servicio del hombre, vendría á resultar que nuestro deber para con los animales sería en realidad un deber para con el hombre.

## PARRAFO II

### Teoría de Malthus acerca de la población

«Se halla sujeto el hombre, como los demás animales, á leyes fijas y constantes, leyes mecánicas y fatales, las cuales van realizando la evolución en los seres vivientes, según las leyes naturales que soñaron Darwin y E. Haeckel? Algunos evolucionistas y socialistas lo afirmaron así con todo aplomo, fundando sus principios en la teoría de Malthus, á quien plugo, con una frescura sin igual, apoyado en datos aislados, verdaderos unos, falsos otros, barajados los más á su manera, asentar gratuitamente en 1798, como ley inmutable, que mientras la *producción de los artículos de primera necesidad* en un país cualquiera, aun en las circunstancias más favorables, sólo puede crecer en progresión aritmética (1 : 3 : 5 : 7 : 9 : 11), los individuos de un pueblo tienden á propagarse en progresión geométrica (2 : 4 : 8 : 16 : 32 : 64). De manera, que según estas progresiones, que llevan el

1. *Ensayo teórico de derecho natural*, tomo I, pág. 50.

nombre de Malthus, la población se doblará en períodos de veinticinco en veinticinco años (!!) si las condiciones del país son favorables, al paso que las subsistencias crecen al mismo tiempo muy poco relativamente al aumento de la población. Por lo tanto, si tomamos la suma total de los medios de subsistencia que hay en un país como dividendo, el número de habitantes como divisor y la parte que de aquélla corresponde á cada individuo como cociente, resultará perfectamente demostrado que si el divisor, á consecuencia de la gran propagación de la clase proletaria, aumenta en mayor proporción que el dividendo, tiene por necesidad que disminuir el cociente.

Esta ley precisa como gratuita, lejos de ser inmutable, como afirma Malthus, es aún en sentido general, en la mayor parte de los casos insostenible. Y, por lo que al dividendo respecta, ¿quién duda que puede recibir un considerable aumento, ya porque el trabajo crezca intensiva ó extensivamente, es decir, porque sea mayor la *virtud productiva de los individuos* ó porque haya crecido el número de los operarios; ya porque los adelantos científicos, los nuevos inventos de la técnica ó de la mecánica, facilitando las operaciones, hagan también posible un *aumento de producción*? ¿No puede acaso crecer ese aumento y surtido de cosas necesarias á la vida por la importación de otros países que remitan esos artículos á cambio de los productos de la industria? Además quedan aún en el mundo, en las dos Américas, en el Asia septentrional y central, en toda el Africa, en las innumerables islas de Oceanía, en las vastísimas llanuras de la Rusia, y aun en los países más civilizados de la Europa, muchas tierras no roturadas por el arado. Y aun entre las tierras cultivadas, ¿en cuántas y cuántas regiones no se siguen todavía para explotarlas los procedimientos antiguos desposeídos de los auxilios de la ciencia y del capital?

Según Jules Duval, la extensión de la tierra habitable es de 12.000 millones de hectáreas y la población del mundo no es más que de 1.200 millones de almas, ó sea un habitante por 10 hectáreas; en Francia existen 70 habitantes por 100 hectáreas, luego la población del globo puede aún, por lo menos, sextuplicarse.

Pero replican: «la ciencia y el espíritu de invención tienen un límite, luego llegará un día en que la multiplicación del género humano acabará con las subsistencias, y según Stuart Mill, llegará un día en que el río de la industria humana encontrará el mar estancado». Concedido; pero qué, ¿si para llegar á ese término han de pasar todavía centenares de siglos, por qué alarmarnos? Bien podemos aplicar aquí el dicho del poeta: *Carpe diem*. ¿Acaso no hacemos lo mismo con las predicciones de los geólogos y termo-dinámicos acerca del fin de nuestro globo y por consiguiente del género humano? De igual manera, por lo que toca al divisor, la emigración, las guerras, enfermedades, epidemias, con otras muchas causas imprevisitas que se escapan á los cálculos mejor combinados, ¿no pueden acaso ocasionar una disminución más ó menos considerable? ¿Puede Malthus precisar mate-

máticamente la cifra de los que hayan de morir en una larga serie de años? ¿O piensa encerrar también en los términos de sus progresiones el cetro y poderío de la muerte?

Pero aún admitiendo en un sentido latísimo la ley de Malthus, falsísima en muchas ocasiones, ¿quién no se indigna y condena las terribles consecuencias que él, y más sus discípulos, deducen de ella? Porque, ¿cuál es, en suma, la conclusión?

Según Malthus, es necesario disminuir el número de los hombres é impedir su multiplicación: la población debe quedar poco más ó menos siempre la misma, si queremos evitar la miseria y el pauperismo. He aquí el célebre pasaje de Malthus en dónde se manifiesta el fondo de su teoría y de los que le siguen.

El hombre que al venir al mundo encuentra ya ocupados los puestos en la gran mesa de la naturaleza, si su familia no le puede alimentar, ni la sociedad puede utilizar su trabajo, no tiene derecho á reclamar la menor parte de alimento: está de sobra en la tierra. En el gran banquete de la naturaleza no hay cubierto para él. La naturaleza le manda que se vaya, y ella no tarda en poner esta orden en ejecución.

Es un expediente el de Malthus que hallamos admitido y practicado por todos los pueblos paganos, sin excluir el griego ni el romano, y que aun se practica en nuestro tiempo en la China, el país clásico de la exposición de los niños. La doctrina de Malthus es seguida por todos los evolucionistas y socialistas; ha formado escuela, y lo que no se atrevió ni á indicar siquiera el maestro, lo proponen claramente sus discípulos. Entre sus discípulos se cuentan, entre otros, Stuart Mill, Marlo, Schaffee, De Kirchmann, etcétera, etc. Uno propone, para evitar el exceso de la población, someter á los recién nacidos á una asfixia sin dolor, *painless extinction*, por medio del ácido carbónico; otros, y entre ellos varios economistas, conforme á lo que decidieron las logias masónicas, pidieron y obtuvieron de los gobiernos de Europa que retardase la época de los matrimonios entre la tropa, aconsejando, además, al Estado que tomase medidas enérgicas para evitar la procreación de los hijos, aun en los matrimonios ya celebrados, cuando se carece de medios para mantenerlos y educarlos. ¿Qué resultado han dado estas teorías? La prostitución más espantosa y numerosa que se ha visto hasta hoy y los vicios más vergonzosos. ¡Y esto es lo que se llama la *caridad*, según la *ciencia moderna*! No exageramos; quien necesite pruebas, lea las obras de los autores que antes hemos citado: Stuart Mill propone los medios más enérgicos para disminuir el número de los recién nacidos, esto es, el número de los miserables, como él los llama. «Se debe mirar con tanto desprecio á las familias numerosas como á los borrachos y á los demás vicios»; y hasta el mismo Rosi escribe: «Prefiero más bien dos millones de suizos ricos que ocho de irlandeses miserables». De Kirchmann, en una Asamblea de obreros celebrada en Berlín, les decía «¡jque el obrero tiene bastante con dos hijos, y debe procurar no tener más!»

El problema relativo á la población es precisamente la pesadilla de todos los economistas enemigos de la institución cristiana, de la virginidad, de los conventos de mujeres y de hombres, y al propio tiempo el más vigoroso argumento contra los socialistas, que con su nuevo orden social pretenden reconstituir una era de paz y de ventura nunca conocida, ya que esos reformadores de la humanidad no conocen otro medio para evitar el excesivo crecimiento de la población que el de Malthus: violencia y prostitución.

Escribe Hitzel:

En efecto; ocupan un capítulo, y no despreciable, del problema social, esos millares de infelices criaturas que, arrojados del seno de la familia, se presentan en el mercado público para vender su cuerpo, único bien que les queda sobre la tierra; nos referimos á esas 80.000 mujeres públicas de Berlín y de Londres, á las 50.000 de París, y á esas innumerables que arrastran su pudor y su vergüenza por las calles de todas las grandes ciudades del orbe, y que son también víctimas de la defectuosa organización de la sociedad moderna... ¡Qué diremos de una legislación que deja crecer con la impunidad tan horribles desecatos á la moral pública, ya que ni siquiera establece la prisión de la culpable y de la madre, antes al contrario, deja abiertos mil caminos á la seducción!

Y Scheel observa:

Vemos con asombro, que mientras que la sociedad, en su progresivo desarrollo, apenas ha organizado asociaciones importantísimas, el ramo de la prostitución ha alcanzado una organización maravillosa. Esos centros de corrupción han extendido ya por toda Europa las redes de su tráfico de esclavos, en que todos los días quedan prisioneras millares de infelices doncellas, sin esperanza de recobrar la libertad perdida. Y tan horrenda trata se practica ante los ojos, y en medio de esa sociedad que se llama *liberal*, de esos mismos pueblos que han levantado el grito contra la esclavitud de los negros, menos repugnante que el tráfico europeo de inocentes doncellas. Aquel comercio ha desaparecido, y entretanto las costumbres públicas y la indolencia de los gobernantes sancionan este tráfico, que hace de una gran parte de las hijas del pueblo objeto de comercio en provecho y para solaz de las clases acomodadas, y la policía mira con hipócrita indiferencia esta horrenda relajación de la dignidad humana y las autoridades la protegen.

Se comprende que la infeliz criatura que así se ve despreciada por sus semejantes llegue á ser capaz de cualquier crimen, y aventaje en la escuela de perversión moral al hombre más degradado; una mujer de esta naturaleza toma, en momentos dados, el aspecto de una verdadera *furia*, cuyos salvajes instintos dejan muy atrás á los de los *petroleros*, como lo demostraron los hechos de la *Commune* de París durante la primavera de 1871.

En corroboración de lo dicho, creemos oportunas las siguientes palabras de M. Teram.

Ciertamente, es muy bueno, decía una de estas petroleras, que los ricos consagren algunos momentos de su vida al servicio de los necesitados, que empleen el sobrante de sus bienes en socorrer la pobreza, que levanten asilos para los niños y para los ancianos; es también digno de alabanza que traten de disipar los errores y de combatir los principios disolventes que los agitadores inculcan á las clases trabajadoras, pero no basta esto para extirpar el odio que el

pueblo profesa á las clases acomodadas, puesto que semejante odio no se origina tan sólo de los padecimientos físicos, ni se funda únicamente en los extravíos de la inteligencia; antes al contrario, reconoce más á menudo por causa las torturas del corazón desgarrado por pesares de índole muy diversa. Y esta causa subsistirá en tanto que los ricos no enseñen á sus hijos á respetar la honra de las hijas y de las mujeres del pueblo, y no les hagan entender que es un crimen vergonzoso robar á estas doncellas la inocencia, que es el único bien que sobre la tierra poseen.

Creedme, ricos; para curar las llagas de la sociedad, no bastan vuestros donativos ni los esfuerzos de vuestra inteligencia; es menester *que mejoréis vuestras costumbres*. El divertirse á costa del pueblo lleva consigo graves peligros; pero tened por cierto que mientras vosotros hagáis del pueblo la víctima de vuestros caprichos; mientras el padre que vuelve de las rudas faenas del día sienta retorcerse en su pecho el corazón al ver á su hija adornando el brillante cortejo de uno de vuestros hijos; mientras el hermano sienta subir á su rostro el carmin de la vergüenza al pasar por delante del palacio en que mora el seductor de su hermana; mientras el novio tenga que reprimir la rabia que devora su corazón al ver á su amada en los brazos de un seductor afortunado que con sus malas artes la hizo olvidar sagrados juramentos; mientras no pongáis término á tan tremendos males, os juro yo, la petrolera, que no faltarán agitadores que levanten al pueblo y le conduzcan á las barricadas<sup>1</sup>.

### PARRAFO III

#### Organización represiva

Esta organización, planteada por los triunfadores de la Revolución francesa, consiste en castigar, no solamente al pobre que pide una limosna, sino también al rico que se la da. Con el fin de acabar con los pobres y con la mendicidad, se crearon colonias adonde se transportaba á los infelices mendigos sorprendidos implorando la caridad pública. Esto parecerá mentira á los obreros españoles, pero es una verdad histórica. Léase la ley del 24 vendimiario, año II, sobre la mendicidad. He aquí lo que en algunos de sus artículos se dispone:

Tit. I, art. 16. Todo ciudadano convencido de haber dado limosna á un pobre será castigado con una multa igual al valor de dos jornales, y en caso de reincidencia la multa será doble.

Tit. II, art. 1.º Todo mendigo será arrestado.

Tit. III, art. 1.º Todo mendigo á quien se hallare pidiendo una limosna será arrestado y sufrirá el arresto durante un año.

Tit. IV, art. 2.º Todo mendigo á quien se hallase por tercera vez mendigando será transportado.

Art. 7.º La pena de la transportación á la colonia durará por lo menos ocho años.

De manera, que cuando un pobre obrero, padre de familia, no puede trabajar por hallarse enfermo y pide una limosna, debe ser arrestado; ¿y por qué? ¿Qué delito ha cometido? ¿La pobreza es por ventura un crimen? La ociosidad del rico capitalista que cobra sin trabajar, faltando al precepto

<sup>1</sup> *Petrolera*, por M. Teram.

del trabajo, ¿se castiga por ventura? ¿Existen dos justicias y tan desiguales en este mundo?

Es verdad que estas leyes ya no se practican en Francia, pero todavía al viajar por la nación vecina se halla con frecuencia esta inscripción en la entrada de los pueblos: «Se prohíbe la mendicidad en el departamento de...» ¿Y por qué se prohíbe la mendicidad? ¿Se quiere acaso desmentir á Nuestro Señor Jesucristo, que nos asegura que siempre tendremos pobres? Se prohíbe la mendicidad con el fin de evitar abusos, pero ¿qué es lo que no se debe suprimir en este mundo con semejante intención? ¿No se abusa de todo en este mundo? ¿No abusan los ricos de sus riquezas?, pues suprimamos los propietarios. ¿No abusan muchos hasta del comer y del beber, puesto que hay quien se embriaga y quien se causa indigestiones? ¿No se ha abusado hasta de la razón y hasta de la religión? ¿No hay hipócritas y sacrilegos? ¿No hay médicos y abogados que abusan de la medicina y de la legislación? ¿Quién no ve que es un absurdo suprimir una cosa, porque se abusa ó se pueda abusar de ella? La prohibición de la mendicidad en Francia ha complacido á los que nada daban al pobre mendigo, porque les ha librado del insoportable fastidio de encontrar todos los días á su puerta, al dirigirse al café después de comer, algún pordiosero que les pedía una limosna por amor de Dios.

La mendicidad<sup>1</sup>, ó más bien el abuso de la mendicidad, producirá algunas veces caracteres viles, bajos, llenos de doblez, esto es evidente; pero no es culpa de la mendicidad. El número de los que especulan con la caridad pública es menos de lo que se dice; pero lo que importa saber es, que con la extinción de la mendicidad disminuirá la santa caridad; ¡esa flor de nuestra religión que la sangre de Jesús hizo brotar en el Calvario al pie de la cruz, y producirá almas sin piedad, corazones sin generosidad; en una palabra, seres que no comprenderán jamás el sacrificio! Hay gran diferencia entre dar la cuota que á cada uno le corresponda al comité nombrado por el gobernador ó municipio para socorrer á los pobres de la población, y dar libremente la limosna al pobre que la pide por amor de Dios. El corazón del hombre, á causa de su nativo orgullo, no se resolverá jamás á la mendicidad sino con mucho trabajo; y si escuchase ese orgullo oculto en lo íntimo de su naturaleza, el mendigo miraría siempre al rico con mucho odio y rivalidad, aun en el momento en que recibe la limosna. Se comprende perfectamente que durante el *terror*, se guillotinasen por el crimen de haber dado limosna. Dar limosna, se decía, es insultar la dignidad de la naturaleza humana. Ciertamente; si se cifra la dignidad humana en la soberbia de la naturaleza corrompida, dar limosna á alguno es insultarle. Es necesario que la limosna llegue al pobre bajo el velo de la caridad, para que pueda éste humildemente recibirla; necesita sentir que en el momento en que se le da, se interesan por él y se le ama, para que se excite su reconocimiento. Pues bien; ese afecto de caridad y de benevolencia; ese tierno interés que el corazón del hombre reclama aún más que el pan material, los halla cuando el pobre puede mendigar. No cabe duda que ha habido siempre malos ricos, pero también ha habido siempre cristianos que veían en el pobre un hermano tanto más digno de ser amado cuanto más desgraciado era; y es cierto que el encuentro de uno solo de estos cristianos hacia olvidar al pobre mendigo muchas amarguras; cicatrizaba en un instante las más sensibles heridas. Se establecía entre el rico cristiano y el pobre un vínculo que no era la amistad, pero que los unía más estrechamente sin comparación que lo están

<sup>1</sup> Luis Veuillot, Librepensadores.

entre sí, exceptuando los amigos, las personas de condición igual ó casi igual. De este modo, cuando se permite la mendicidad se logra más ó menos perfectamente el objeto que el Señor propuso al querer la desigualdad de condiciones: juntar y hermanar entre sí, cuanto es posible, los diversos miembros de la humanidad, formando con ellos un solo cuerpo.

Ahora, donde se prohíbe la mendicidad, como en Francia, todo ha cambiado; el pobre, alimentado no por un hermano suyo, sino por una administración, no puede sentir nada de lo que suavizaba á sus ojos la limosna. Hoy relégase al pobre, y ni quieren verle siquiera, dando con ello sobradamente á entender que es una carga, que su vista basta para molestar á la sociedad. Se tolera en las calles la presencia de los animales, pero no la del mendigo... La filantrópica providencia de nuestros legisladores, tiene un objeto diametralmente opuesto al objeto divino de la caridad: multiplica los rencores y las divisiones, á la vez que las hace más amargas y profundas.

No se puede, por lo tanto, en una nación cristiana prohibir en absoluto la mendicidad. Esto, sin embargo, no quiere decir que no convenga muy mucho y se deba también distinguir entre los pobres mendigos y los vagos. En España siempre han sido perseguidos los vagos, es decir, esos hombres que no teniendo domicilio fijo ni medios de subsistencia, no tienen habitualmente oficio ni profesión alguna; muchos son los criminales que salen de los vagos, y es urgentísimo que en España vuelva otra vez á estar en vigor la ley de vagos que ha sido suprimida, si se quiere dar paz y seguridad á los habitantes de las grandes ciudades.

En cuanto á la mendicidad, en el último Congreso de Obras Sociales, celebrado en Lieja hace dos años, se fijaron las siguientes conclusiones:

1.ª Que la ley solamente debe prohibir la mendicidad de los adultos que tengan fuerzas para trabajar, y cuando la ejercen habitualmente y no accidentalmente, no cuando la ejercen enfermos y niños.

La ley debe organizar los medios para que los verdaderos pobres, como los ancianos, enfermos y niños sean enviados á sus respectivos pueblos, y que allí la caridad privada los socorra.

2.ª Se debe procurar suprimir gradualmente los depósitos de la mendicidad.

3.ª Mientras se conserven se debe procurar: 1.º La separación completa entre los dos sexos durante la noche. 2.º Se deben separar por grupos los mendigos é impedir el contacto de los mismos. 3.º Vigilancia sobre los mismos, con el fin de obtener la enmienda de los detenidos, y que no se propague el vicio entre ellos. 4.º Se los debe obligar al trabajo con el fin de habituarlos á él y poder alcanzar un pequeño peculio al salir del depósito de pobres detenidos. 5.º Se los debe instruir en la primera enseñanza y en el Catecismo, pero sobre todo habituarlos á las prácticas piadosas. 6.º La acción y vigilancia de los patronatos establecidos para el cuidado de los presos que han obtenido ya la libertad, debe también extenderse á los pobres detenidos: los adultos que, pudiendo, no quieren trabajar, han de salir de los depósitos de pobres.

También se determinó que se procurasen convenciones internacionales para impedir la invasión de los vagos extranjeros.

Como perfectamente habrá comprendido el lector, lo determinado por el Congreso de Obras Sociales de Lieja más bien se refiere (en lo que dice de los depósitos de pobres) á los vagos propiamente dichos que á los verdaderos pobres.

#### PARRAFO IV Organización ó tasa legal

Pasemos ahora de Francia á Inglaterra y veamos la *organización legal*. La *tasa legal* ó cuota de los pobres data en Inglaterra desde la Reforma, y la reina Isabel es la que decretó la tasa legal, ó sea la obligación de las parroquias de mantener á los pobres.

Es cosa sabida por todo el mundo, que una de las causas de la Reforma protestante del siglo XVII fué el deseo de apoderarse de los bienes eclesiásticos. Pues bien; el despojo del clero católico engendró inmediatamente el pauperismo que devoró á Inglaterra y que acabará por destruirla. Los bienes de la Iglesia no desaparecieron, no hicieron más que cambiar de poseedores. Mientras estuvieron en las manos de los eclesiásticos, la caridad católica consideró que eran bastantes para sustentar á los pobres; pero desde que están en manos de los protestantes, ha sido indispensable la ley de los pobres para que éstos no muriesen de hambre. Citemos algunos hechos tomados de la Historia Universal de Cesar Cantú.

Trescientos sesenta monasterios abolidos acrecentaron la renta de los reyes... Entretanto se hallaban dispersas ricas bibliotecas; los señores sostenían que los bienes eclesiásticos debían volver otra vez á los representantes de los antiguos donadores; las personas piadosas estaban escandalizadas; los pobres se veían privados á la vez del pan del cuerpo y del alma que recibían poco antes en ciento diez hospitales y noventa colegios... Al mismo tiempo el número de pobres había aumentado. Los nuevos propietarios de los bienes arrebatados al clero, cultivados antes mediante cortos censos, exigían de los colonos un precio mucho más elevado. A fin de tener menos gastos, convirtieron las campiñas en praderas, atendiendo á que la lana producía más, y rodearon de empalizadas extensos dominios para hacer parques de caza, lo cual obligó á muchas familias á abandonar los campos paternos, y dejó sin trabajo á una multitud de jornaleros, mientras que los tesoros de América hacían subir el precio de todas las cosas. Los pordioseros, acostumbrados á tener segura su subsistencia en los conventos<sup>1</sup>, se espacieron entonces por todo el reino. Con objeto de poner remedio á este mal, se decretó que cualquiera que permaneciese tres días sin trabajar sería considerado como vagabundo, marcado en el pecho con la letra V y dado al denunciador para servirle dos años en calidad de esclavo. Su señor no estaba obligado á mantenerle más que con pan y agua, y podía ponerle una argolla de hierro en el cuello ó en la pierna y sujetarle á toda suerte de trabajos. Si se ausentaba por quince días, se hacía reo de la marca S en la cara y quedaba esclavo por toda la vida; en caso de reincidencia, se le trataba como culpable de felonía. Este decreto insensato estuvo en vigor por espacio de dos años... Nada de esto bastó para remediar el mal causado á los pobres con el despojo del clero. Después de otras tentativas se corrigió algo la mendicidad (que no cesaba de

<sup>1</sup> Igualmente que los nuevos pordioseros producidos por la nueva manera de hacer valer las propiedades.

aumentar) por medio de la tasa de los pobres, limosna oficial hecha sin caridad y recibida sin gratitud.

Los males que sufren las víctimas del pauperismo inglés son casi inconcebibles. M. C. Perin, en su obra *De la riqueza en las sociedades modernas*<sup>1</sup>, nos los pinta con los más sombríos colores: son una mezcla de sufrimientos del cuerpo y de torpezas del alma, que excede á cuanto pueda imaginarse, y este cuadro se compone exclusivamente de citas tomadas de los economistas ingleses. Ahora bien; la tasa ley, la contribución para los pobres, ¿qué resultado ha dado? El que debía esperarse de una institución que es contra la naturaleza de la caridad, porque la cuota para los pobres se funda en la obligación, cuando la libertad es de esencia de la caridad. El hacer ó no hacer limosna, excepto en el caso de extrema necesidad, no pertenece á la justicia, sino á la caridad. Ahora bien; una institución contra la naturaleza de la caridad no podía dar buenos resultados, y la prueba evidente la tenemos en esa nación, la más rica del universo. En efecto; la llaga asquerosa del pauperismo, que acabará con Inglaterra, aumentó y aumenta cada día desde la tasa legal. Varias son las causas que contribuyen á ello. 1.<sup>a</sup> Porque la cuota obligatoria para los pobres, extingue y acaba con la caridad privada. 2.<sup>a</sup> Engendra en el corazón del rico, que paga la contribución, dureza y altivez respecto de los pobres; así es que los propietarios ingleses son los hombres más duros, crueles y tiranos que existen en Europa. 3.<sup>a</sup> El pobre que recibe la limosna, la recibe no como un beneficio que se le hace, sino como un derecho que tiene; y de aquí que el que la da de este modo no puede ejercer influencia moral alguna sobre el pobre. 4.<sup>a</sup> Le falta por su misma naturaleza á la tasa legal la dignidad, fecundidad y eficacia de la limosna cristiana. Y 5.<sup>a</sup> Finalmente; la tasa legal tiene todos los efectos de una *prima* que se ofrece y da á la pereza y á la inmoralidad. Se observó en Escocia que al solo anuncio de que iba á establecerse la cuota de los pobres se duplicó el número de ellos. Cuando en 1834 se quiso poner remedio á este abuso, se establecieron *Work-houses*, presidios menos rigurosos, en los cuales se hacía trabajar á los pobres inscritos; de este modo se separaba al marido de la mujer, á los padres de los hijos, pretendiendo evitar con el precio ó falta de la libertad, la pereza y ociosidad. Pero nada, absolutamente nada se ha conseguido; sigue aumentando el pauperismo en aquella nación, de una manera que espanta.

<sup>1</sup> Tomo II, pág. 116 á 154.

PARRAFO V  
Organización oficial

Nos queda sólo por examinar la *organización oficial*. Esta es verdad que en el pobre no reconoce derecho al socorro; pero en lugar de buscar su punto de apoyo en la conciencia, lo busca en la administración. Se sustituye el Estado á la Iglesia, estableciendo el principio de la completa emancipación del Estado de todo poder superior. En la organización oficial se excluye la libre caridad inspirada por el espíritu religioso, y se la quiere sustituir con lo que se llama *secularización* de la caridad. Esta organización es tan impotente como la tasa legal para resolver la cuestión social, y ni siquiera alivia á la pobreza. «Después de sesenta años que la administración del Estado ejerce la caridad—escribe Watteville,—todavía no se ha visto que haya sacado á un pobre de su miseria. Por el contrario, el efecto que produce es desgraciadamente consolidar el pauperismo en el estado hereditario». Dos cosas faltarán eternamente á las administraciones laicas, de cualquier naturaleza que sean, cuando traten de socorrer y aliviar á la pobreza: las entrañas, el verdadero amor al prójimo y la riqueza; la voluntad de aliviar á los que sufren y la posibilidad de hacerlo, si por acaso llegasen á quererlo. Si quisiéramos con una sola palabra comprobar nuestro aserto, bastaría hacer estas preguntas: ¿Cuál es el estado renésico de los Gobiernos de Europa? ¿Cuál la moralidad de los funcionarios por cuyas manos han de pasar los socorros para los pobres? Jamás la Hacienda pública se ha visto tan falta de riquezas como ahora, desde que los ingresos son tan extraordinarios que rayan en lo fabuloso; y en España causan horror y espanto, considerando lo esquilmada y atrasada que se halla la agricultura. Atendiendo á las deudas públicas de las naciones de Europa y á los gastos exorbitantes que hacen, no hay duda que la bancarrota se halla ya á las puertas, á no ser que los socialistas y anarquistas quemén los libros de las deudas de los Estados. Y en España ¿qué resultado ha dado la limosna hecha por la Administración pública? Recuérdese en la última y espantosa inundación de Murcia los millones que se recogieron y lo que se repartió entre los pobres perjudicados. ¿Qué se ha hecho de lo demás? *L'oli per abón pasa deixa*, me respondió un pobre labrador valenciano; así sucede siempre que las manos que reparten las limosnas tan cuantiosas no estén consagradas.

He aquí los medios empleados por la ciencia emancipada de la Religión para resolver la cuestión social, medios impotentes y perjudiciales como hemos visto. Sólo la caridad cristiana puede resolver el problema social y aliviar al pobre. ¿Y por qué? Porque los dos elementos de la caridad cristiana son la libertad por la obediencia y el renunciamento de sí mismo por el pobre. Tres sentimientos existen en el corazón del cristiano.

Para consigo mismo, renunciarse, tomar su cruz y seguir á Jesús al Calvario<sup>1</sup>. Para con Dios, un amor inmenso, por cima de cualquier otro amor, que se manifiesta por la voluntad de obedecer, humilde y fuerte á un mismo tiempo. *El que me ama—dice Jesús—guarda mis mandamientos*<sup>2</sup>. Para con el prójimo, un tierno sentimiento de benevolencia, de respeto y de amor; en una palabra, la caridad. El cristiano sabe que su deuda con Jesucristo ha sido transferida en la cabeza del prójimo: *Todo lo que hicisteis al más pequeño de mis hermanos, á mí me lo hicisteis*<sup>3</sup>, y por eso el cristiano, y sólo el cristiano, comprende lo que quieren decir aquellas palabras de San Juan: *Pues que Jesucristo murió por nosotros, nosotros debemos también morir los unos por los otros*<sup>4</sup>; he aquí la vida del cristiano. La soberbia es justamente el antipoda de estos sublimes sentimientos, la soberbia es egoísta. No se renuncia uno á sí mismo por renunciarse, sino porque es imposible sin abnegación amar á Dios y servir al prójimo. Por eso la caridad produce la solidaridad de los hombres por el renunciamento y por el amor. La caridad tiene un fin espiritual y otro social. Por el fin espiritual, la caridad une al hombre con Dios por el sacrificio, y por el social, une á los hombres unos con otros, mediante la recta y bien ordenada distribución de los bienes y de los trabajos de la vida; y esto lo realiza la caridad, no por una ley fatal, sino *libre*, que da al hombre la grandeza del mérito é influencia extraordinaria, como una segunda providencia de los pobres. Además, por la caridad tomamos como propios los trabajos del prójimo, renunciamos lo superfluo dándolo al pobre, y renunciamos también al dulce reposo y descanso, con el fin de instruirlos y consolarlos.

¿Quién se atreverá, después de esto, á comparar la organización oficial, la tasa legal y todos los demás medios excogitados por el espíritu anticristiano, con la celestial virtud de la caridad, proclamada por Nuestro Señor Jesucristo, dada á los hombres como el mejor remedio para el conflicto social?

1 Math. XIII. 24.

2 Joann. XIV. 21, 23.

3 Math. XXV. 40.

4 Joann. III. 16.